



¿CÓMO ME CONVERTÍ EN INVESTIGADOR?



Andrés Felipe Giraldo Cerón
Periodista. Universidad de los niños EAFIT



¿Cómo luce un investigador? En muchas ocasiones la respuesta incluye bata, lentes de seguridad y una vida en el laboratorio. Sin embargo, esta actividad tiene que ver más con la búsqueda de conocimiento y la manera de llegar a él. Investigadores como Carlos Mario Correa, en vez de analizar muestras, estudian la sociedad.

En sus 20 años de amor al periodismo, Carlos Mario Correa ha vivido más de un susto, ha recopilado cientos de libros, adelantado varias investigaciones y formado generaciones de estudiantes. Esta es la historia de cómo sobrevivió al duro oficio de la prensa para convertirse en investigador de los géneros de no ficción.

Mis papás fueron visionarios al creer que el estudio era la mejor vía para salir adelante. En la escuela de la vereda Sinífana del municipio de Caldas, donde estudié hasta los 6 años, se dictaba solo hasta segundo grado, así que ellos sacrificaron su vida de campesinos, su tierra y sus bienes para que la familia estuviera bien.

Esa fue mi época de paisajes, quebradas y senderos. Yo era muy libre; pescaba, acampaba, me metía a los charcos ¡Me gustaba el monte! Y algo de eso se mantuvo en mí porque el juego siguió siendo muy importante. En la ciudad comencé a practicar atletismo, fútbol y montaba en carros de rodillos o hacía equilibrio en zancos. Siempre andaba lleno de aporreones, pero contento.

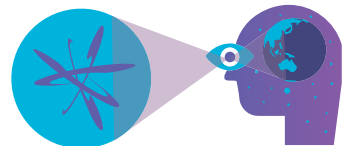
Entre golpes, también jugaba con libros, con la lectura. Me interesaban las transmisiones de fútbol por radio y los periódicos; me generaban curiosidad porque eran grandes, llenos de información, ¡coloridos! Tampoco me perdía las historietas de El Colombiano o El Espectador: Calimán, El Fantasma o El Hombre Araña. Me provocaban la lectura con un suspenso que duraba una semana hasta la próxima publicación dominical, y eso me gustaba.

En ese entonces tenía muy pocos libros. A los 13 años me leí La isla misteriosa, de Julio Verne, y me marcó. Y así terminé en la Biblioteca municipal de Caldas, Antioquia, buscando más cosas para leer. Ahí me encerraba con periódicos y más libros, historias de aventura, ¡cuentos!

Hoy tengo una biblioteca que he alimentado por lo menos con un libro por semana, muchos relacionados con lo que hago, con el periodismo, con el estudio de la narración de no ficción. La comencé como periodista y la continué en la etapa como docente e investigador, hasta hoy.

Sobrevivir al periodismo

A mí me tocó vivir la época más dura de la violencia del narcotráfico en la ciudad. Ser periodista de El Espectador a finales de los años 80 y principio de los 90 era un



choque físico y emocional, aún más en Medellín. La ciudad se destruía a pedazos, con una cifra de asesinatos descontrolada, carros bomba, mucha sangre y, en general, violencia.

Mi historia en el periodismo comenzó cuando entré a la Universidad de Antioquia. En este entonces veíamos el periodismo con un carácter muy intelectual. Mis mejores profesores, como Juan José Hoyos, fueron escritores y los periódicos todavía daban espacio para escribir largo y completo, para titular de forma literaria y llamativa. Pero en la práctica las cosas eran muy distintas.

Entré a El Espectador en 1989, sin saber que estaba reemplazando a un periodista amenazado de muerte. Tenía 22 años. Aunque ahí fue donde verdaderamente me formé en la profesión; esos 11 años de trabajo los viví como un estado de guerra. Para los periodistas de El Espectador era particularmente peligroso porque el Cartel de Medellín nos había declarado la guerra. Lo que más me marcó es que en un mismo día podía pasar de lo trágico a lo festivo, del evento más sangriento al esplendor y la fiesta. En la mañana cubría una masacre terrible en una bananera del Urabá; al medio día estaba en Medellín escribiendo para despacharle esos reportes a la capital; y a las 6 de la tarde almorzaba lo que pudiera para ir al Estadio a cubrir la Copa Libertadores. Así hasta las 10 de la noche, incluso 1 de la mañana, haciendo una crónica de fútbol.

Más de una vez lo pensé. Sin embargo, absurdamente, o por la pasión por el periodismo, por terquedad, por una vocación salvaje que no cuestionaba si me estaban pagando lo justo o no, continué y sobreviví. En ese momento uno cambiaba la comodidad y el desarrollo económico por entusiasmo, un entusiasmo muy propio de la juventud.

Salto a la academia

Quería estudiar porque llevaba 10 años sin hacerlo y cuando uno trabaja es imposible: no dan permisos, no alcanza el dinero y sobre todo no da el tiempo. Tenía unos ahorros y me ilusioné con hacer una especialización o una maestría.

Así me contrataron en la Universidad de Antioquia como docente de tiempo completo, y en 2004 apareció la opción de trabajar en la Universidad EAFIT para crear el pregrado de Comunicación Social. Para entonces había hecho una Especialización en Periodismo Investigativo (me gradué en el 2000) y estaba empezando una Maestría en Literatura, ambas en la Universidad de Antioquia.

Esa maestría fue muy inspiradora, sobre todo porque me permitieron enfocarla en periodismo narrativo y en el estudio de la crónica en la literatura colombiana: García Márquez, Tomás Carrasquilla, Rodrigo Freile. Desde ese día no he dejado de investigar el tema utilizando lo que aprendí de investigación en literatura.

A través de estos estudios pienso que el periodismo narrativo, en comparación con otros géneros periodísticos, tiene un nivel intelectual más alto, un nivel de investigación más decantado, y en comparación, por ejemplo, con formatos más informativos, tiene la capacidad de analizar e interpelar pero con una estética literaria.

El periodismo narrativo recibe de las otras ciencias humanas y sociales aportes que la noticia no tiene. Para hacer periodismo narrativo se necesita contar con herramientas y aportes de la historia, la sociología, la antropología y, su rama, la etnografía, y al mismo tiempo es un periodismo que está más cercano a la gente. Es más pensado y más cercano.

Mi trabajo de investigación es de tipo descriptivo, pero con rigor académico, y me he enfocado en estudiar la novela periodística, la crónica modernista, la crónica testimonial, los estilos de abordaje de la realidad, el periodismo de autor, el periodismo de inmersión, los personajes en el periodismo y los personajes periodistas en la novela de ficción; todas esas mezclas, esas conversaciones y continuo intercambio que se dan con la literatura.

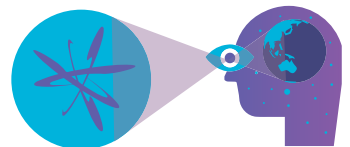
Mis investigaciones nacen de un estado del arte producto de la lectura dedicada sobre la obra de un periodista, de un tema que hayan trabajado varios autores o de las publicaciones que hayan hecho con un estilo determinado en la reportería o en la escritura; y claro, busco qué se ha publica-

do sobre el tema en el contexto informativo, crítico y académico.

Luego empleo un proceso de análisis crítico y descriptivo, propio de una investigación cualitativa. Los trabajos que publico también tienen un componente empírico que me ha servido para entender cómo estudiar al periodismo. Claro, me valgo de metodologías como el análisis del discurso, etnografía y el rigor histórico de otras ciencias sociales, pero con un componente periodístico.

¿Por qué me parece importante investigar el periodismo? Porque es una actividad profesional que se entiende como un oficio y a la que no se le brinda toda la perspectiva académica que puede tener. Siempre se ha creído que cualquiera puede hacerlo, incluso sin una formación profesional.

Cuando yo hago investigación en periodismo siento que estoy haciendo una defensa de la profesión del periodista en Colombia y en Latinoamérica, y cuando me meto por el lado del periodismo que más me gusta, el narrativo o literario, también estoy haciendo una defensa intelectual y una defensa estética de lo que es el periodismo. Incluso estoy hablando de un periodismo creativo, no solo informativo, de denuncia o investigativo; un periodismo con valor estético.



Mi propósito entonces es ubicar en un mejor nivel el periodismo narrativo como objeto de estudio en la cultura occidental, particularmente en Colombia, porque es una expresión para la posteridad de la vida de los seres humanos, que vale la pena rescatar, valorar y entender que no es un periodismo para el otro día.

La biblioteca

Entrar a la oficina de Carlos Mario Correa es tropezarse con montañas inestables de libros que huelen a letras y papel fino. Inevitable preguntarle cuál es el que más le gusta, pero como buen lector no tiene una única respuesta. Expresa pensativo que *Fama y Oscuridad* de Gay Talese, aunque también lo mueven las letras de Truman Capote y los cuentos de García Márquez.

Con timidez contesta que debe tener cerca de 3 mil libros, de ellos al menos mil le gustan mucho. Se trata de una colección que guarda en tres cuartos y quién sabe cuántas repisas de su casa, de su “tesoro sentimental”, que ha consolidado invirtiendo mucho dinero en ello y con el

esfuerzo de traer obras desde México, Argentina o España.

En esta biblioteca hay seis libros que Carlos Mario ha escrito, uno en coautoría. A estos se les unirá pronto una nueva obra dedicada a la crónica latinoamericana que explorará “sus autores, sus motivaciones, los temas que trabajan y que no trabajan, y las maneras de investigarlos”.

No es de extrañar que mientras el DANE afirma que solo la mitad de los colombianos consumen libros, y de ellos el promedio de lectura es de un poco más de 4 por año, “por deleite” Carlos Mario devore entre “20 y 25” en el mismo periodo de tiempo.

Así, entre novelas, cuentos y crónicas, este periodista de mil batallas alterna sus estudios y su generoso gusto por el periodismo con la docencia, actividad que sin duda garantizará la buena formación de las futuras generaciones de periodistas de la ciudad y el país. Solo queda esperar que ellos puedan narrar una Colombia más amable que la que le tocó a Carlos Mario Correa, el último periodista de *El Espectador* en Medellín. 